

CAPILLA ALFONSO  
1823-1828

# BALADAS

1823-1828

Renovemos asimismo  
todo antiguo pensamiento.

JOAQUÍN DE BELLAY.

BALADA PRIMERA

UNA HADA

... La reina Mab me ha visitado.  
Ella es quien durante el sueño hace  
que vele el alma inmortal.

EMILIO DESCHAMPS.—*Romeo y Julieta.*

Que sea Urgela ó Morgana (\*),  
me gusta en sueño tranquilo  
que un hada de cuerpo blanco  
como un girasol marchito  
sobre mi frente se incline  
inundándome en su hechizo.

Con su laúd de marfil  
es ella quien me repite,  
acompañando sus voces  
con acordes varoniles,  
vuestras pasadas hazañas,  
vuestros hechos increíbles,  
si más no maravillase  
vuestra historia, ¡oh paladines!

(\*) El hada Morgana. Llámase así á una especie de espejismo sensible alguna vez en la bahía de Reggio.—(N. del T.).

Ella es quien me ordena unirme  
á las cosas veneradas,  
la que quiere que mi mano  
enlace en amistad franca  
el guantelete acerado  
que empuña la enhiesta lanza  
y las manos con que pulsan  
los trovadores el arpa.

En el obscuro desierto  
en donde humilde me asilo,  
invisible y escondida  
en todo cuanto yo miro,  
ella hace para mi alma  
en su inmenso poderío  
de cada rayo una llama,  
de cada voz un suspiro.

Ella es la que, apareciendo  
en las ondas agitadas,  
se sienta sobre una roca  
mostrándose á mi mirada;  
ella quien, atormentándose  
para serme siempre grata,  
suspende en el campanario  
la cigüeña plateada.

Cuando en el helado invierno  
la llama chisporrotea,  
ella es quien su luz aviva,  
quien en mi asilo se alberga,  
quien en el cielo radiante  
con su mirada me muestra  
la estrella que luce y muere  
como un ojo que se cierra.

Ella es quien, cuando yo piso  
ruinas abandonadas,  
nuestras primitivas cunas  
buscando con fiel constancia,  
me presenta mil imágenes  
por largo tiempo buscadas,  
y cual río de los tiempos  
cayendo de una montaña,  
hace resonar el viento  
bajo las viejas arcadas.

Ella es quien, cuando yo velo  
en la calma de la noche,  
trae confusos ladridos  
que en la llanura se oyen;  
quien, para dormir mi oído,  
matando las demás voces,  
despierta un clarín lejano  
en el fondo de los bosques.

Que sea Urgela ó Morgana,  
me gusta en sueño tranquilo  
que un hada de blanco cuerpo  
como un girasol marchito  
se incline sobre mi frente  
inundándome en su hechizo.

## BALADA SEGUNDA

## EL SILFO

Viento, frío y borrasca contra el niño  
se enconaban. —¡Abridme,  
—dijo,—que voy desnudo!

LA FONTAINE.—*Imitación de Anacreonte.*

«¡Oh tú, que en estos muros,  
semejante á las sílfides hermosas,  
muestras estas vidrieras  
á mis miradas ávidas!  
¡Oh! ¡Abreme, doncella! ¡Tengo miedo!  
Me rodea la noche...  
La noche que, poblando los espacios  
de lívidas figuras,  
da á las almas sutiles de los muertos  
ropajes vaporosos.

»Yo no soy, oh doncella,  
uno de aquellos sabios peregrinos  
que hacen largos relatos  
de sus largos viajes...  
No soy uno de aquellos paladines  
que son amor y espanto de las bellas,  
cuyo cuerno sonoro  
despertando á los pajes y escuderos  
da á la hospitalidad guerreras trazas.

»Yo no arrastro el cayado  
ni la lanza temida,  
yo no llevo la negra cabellera,  
ni la argentada barba,  
ni el humilde rosario,  
ni la afilada espada vencedora...  
Mi aliento, que no mueve ni una brizna,  
no arranca al cuerno de los valerosos  
más que un rumor burlesco.

»Yo soy hijo del aire, soy un silfo,  
soy, aun menos que un sueño,  
hijo de la naciente primavera,  
del día que despunta,  
invernal huésped del hogar obscuro,  
espíritu que quita  
sus luces al rocío,  
diáfano habitante  
del invisible etéreo.

»Esta tarde, con voz emocionada,  
una pareja plácida y dichosa  
hablaba por lo bajo  
de amor y llama eterna...  
Yo lo escuchaba todo;  
me había detenido cerca de ellos...  
Al juntarse en un beso inmaculado,  
han cogido la punta de mis alas  
y ha llegado la noche  
antes de quedar libre.

»¡Es demasiado tarde  
para volver á mi querida rosa!  
¡Abreme, castellana!  
Mi albergue está cerrado...  
¡Ay! Recoge á este átomo del día

extraviado en las sombras de la noche...  
Permite, hasta mañana, que descanse  
en tu lecho oloroso;  
ocupo poco sitio, hermosa dama,  
y haré poco ruido.

»Mis hermanos siguieron  
las luces eclipsadas;  
á las lágrimas dulces de la tarde  
que rocían la hierba,  
les abrieron los lirios y alelúes  
su perfumado cáliz...  
¿A dónde voy ahora?

Ya no veo más gotas de rocío,  
ni más flores abiertas en el campo,  
ni más rayos lucientes en el cielo.

»Ampárame, doncella,  
por miedo á que á la noche ennegrecida  
no me coja en su sombra  
como una red inmensa y apretada  
entre fantasmas blancos  
y mil espectros negros,  
entre los cien demonios  
de los que el mismo infierno ignora el número,  
los mochuelos salidos de las tumbas  
y el azar cobijado en las ruinas.

»Esta es la hora en que los muertos danzan  
chocando con sus huesos en las sombras,  
la luna les contempla  
con su pálida frente,  
y el vampiro asqueroso,  
—¡oh qué miedo, Dios mío!—  
levantando la losa  
de una tumba vacía,

arrastrando con brazo duro y fuerte  
al tembloroso y vil sepulturero,  
su sepulcro le muestra.

»Pronto, negros de polvo y de ceniza,  
enanos monstruosos,  
van á bajar los gnomos á su antro...  
El fantástico duende  
discurre por encima de las cañas...  
Se une al fresco ondino  
la salamandra ardiente y asquerosa,  
y se cruzan cien fuegos azulados  
sobre las aguas puras y tranquilas.

»¡Desdichado de mí, si acaso un muerto  
ansiendo distraerse en su fastidio  
en su urna me encierra,  
ó si algún taciturno nigromántico,  
de mi espanto riéndose,  
en el torreón donde á la media noche  
levanta su voz ronca  
sujetase mis alas  
á la campana gigantesca y triste!

»Abreme tu ventana...  
¡Ay! Si tú no me acoges  
marcharé en busca de un desierto nido  
y tendré que librar grandes combates  
con los fieros lagartos...  
¡Sí, ábreme! ¡Mis ojos son tan puros!  
Mis palabras son dulces  
como las que un amante tembloroso  
en voz baja le dice á su adorada.

»¡Y yo soy tan bonito!  
¡Si tú vieses mis alas

transparentes y débiles  
que tiemblan á la luz del medio día!  
Yo tengo de los lirios la hermosura;  
ellos cuando obscurece nos acogen,  
y las rosas dispútanse entre ellas  
mi aliento de perfumes  
y mi cuerpo radiante.

»Quiero que un feliz sueño  
te revele mi gloria.  
Cerca de mí,—mi sílfide lo sabe,—  
las mariposas son harto pesadas,  
los colibrís son feos y son pálidos  
cuando, de azul vestido  
y nácar, con fulgor que tornasola,  
de flor en flor, como un monarca joven,  
visito mis palacios por las selvas.

»¡Tengo frío! Me hielan las tinieblas  
y lloro inútilmente.  
¡Si pudiera brindarte  
para que me entreabrieras tu morada  
una brillante gota de rocío  
ó mis corolas de oro!  
Mas ¡ay!, no tengo nada..., he de morirme...  
El sol me da y me quita mi riqueza.

»¿Qué deseas que en cambio  
te traiga mientras duermes?  
¿Las gasas de las hadas  
ó el velo de los ángeles?  
Yo voy á hermostear tu dulce noche  
con las galas del día.  
Tu sueño va á escurrirse  
sin alterar tu dicha  
desde los dulces sueños celestiales

á los sueños de amor dulces y ardientes.

»Mas en vano mi aliento  
empaña el cristal húmedo.  
¡Oh virgen! ¿Te figuras  
que en las pérfidas sombras de la noche  
la voz del silfo errante  
es la voz de un amante que te engaña?  
No me temas; yo soy débil y tímido,  
y si viera una sombra,  
¡ay!, ¡qué miedo tendría!»

Lloraba.—De repente  
se elevó murmurando  
cual llamamiento místico  
una voz que, sin duda,  
no era más que un espíritu... Bien pronto  
apareció la dama  
en la ventana gótica...  
Se ignora si era al silfo á quien abría.

1823.

## BALADA TERCERA

## LA ABUELA

*To die—to sleep.*

SHAKESPEARE.

«¿Duermes? Despiértate, madre  
de nuestra madre querida.  
De ordinario, cuando duermes,  
tus blancos labios suspiran  
y tu sueño se parece  
á la oración más contrita;  
mas hoy tus labios no tiemblan  
y ni tan sólo respiras.

»¿Por qué encorvas hoy tu frente  
aún más que los otros días?  
Dinos, ¿qué es lo que hemos hecho  
que ni tan sólo nos miras?  
La lámpara palidece,  
el hogar echa mil chispas...  
¡Oh! Si no hablas, el fuego  
y la lámpara que expira  
y nosotros dos, muy pronto  
moriremos, abuelita.

»Tú vas á encontrarnos muertas  
al nacer la luz del día.  
¿Qué dirás cuando despiertes

y no te oigan tus hijas?  
¡Ay! Invocando á tu santa,  
para volver á la vida  
á tus pobres pequeñuelas,  
indispensable sería  
que entre tus brazos de hielo  
y por continuados días  
nos tuvieras apretadas  
llenándonos de caricias.

»Estrecha, pues, nuestras manos  
dentro de tus manos frías,  
enseñanos algún canto  
de los juglares de un día,  
háblanos de los guerreros  
á quienes hadas servían,  
que llevaban á sus damas,  
en vez de ramos y cintas  
cual trofeo, las cabezas  
de los bravos que vencían  
y cuyo grito de guerra  
era el nombre de su amiga.

»Dinos qué signo divino  
los fantasmas nos evita,  
dinos qué ermita en el aire  
volando á Satán divisa,  
en la frente de los gnomos  
dinos qué rubíes brillan  
y si á los negros demonios  
causa en sus reinos más ira  
la maza del gran Rolando,  
de memoria bendecida,  
ó del severo Turpino  
la salmodia repetida.

»Aquellas bellas imágenes  
enseñanos de tu biblia,  
el cielo de oro luciente  
y los santos de rodillas,  
el niño Dios, el pesebre,  
las montañas azulinas,  
la mula, el buey y los magos,  
la hermosa virgen María...;  
haznos leer, con el dedo  
marcando las anchas líneas,  
aquel latín tan extraño  
que á rogar á Dios incita.

»¡Amada abuela! Por grados  
la débil lámpara expira,  
danzan las alegres sombras  
en la estancia ennegrecida...  
¡Ay!, tal vez son los espíritus  
que en la choza se cobijan.  
Abuela, sal de tu sueño,  
sal de tu oración contrita,  
tú que antes nos animabas,  
¿ahora no nos tranquilizas?

»¡Qué fríos están tus brazos  
y qué frías tus mejillas!  
No ha mucho que nos hablabas  
de una tierra apetecida  
á donde sin darse cuenta  
los propios pasos nos guían,  
y del cielo y de la tumba  
y de nuestra vida efímera...  
Nos hablabas de la muerte...  
¡Oh! Dinos, madre querida,  
¿qué es la muerte, qué es la muerte?...  
¿No respondes, abuelita?...

»Por largo tiempo sus voces  
en la obscuridad gemían;  
sin despertar á la abuela  
amaneció el nuevo día.  
La campana hendió los aires  
con su voz enronquecida,  
y por la noche un viajero  
que por allí discurría  
vió á las dos pálidas niñas  
ante la sagrada biblia  
y junto al desierto lecho  
sollozando de rodillas.»

1823.

## BALADA CUARTA

## A TRILBY, EL DUENDE DE ARGAIL

A vos, sombra ligera que voláis  
por el mundo con ala fugaz, y con  
sibilante murmullo removéis dul-  
cemente la umbría enramada; os  
ofrezco estas violetas, estos lirios y  
estas florecillas y estas rosas, estas  
rosas encarnaditas abiertas de hace  
un momento, y también estos cla-  
veles.

*Canción antigua.*

¿Eres tú, hermoso duende? ¿Quién te trae?  
¿Viniste cabalgando sobre un rayo



del sol poniente que el espacio inflama?  
Al tocarme, tu aliento me acaricia,  
claramente apareces á mis ojos  
y tus alas que vibran agitándose  
suenan á mis oídos como un cántico.

Mezclándose tu voz á tus suspiros  
un familiar acento hasta mí trae;  
Trilby hermoso, á mi celda solitaria  
sé bien venido. En mi morada humilde  
no hallarás á la humilde batelera  
cuyo desnudo y palpitante seno  
besa tu boca.

¿Vienes al hogar pérfido buscando  
á mi trasgo que huye y á mi sílfide  
que me visitan siempre sin ruido  
y que me traen en sus alas bellas  
con las luces del iris matizadas,  
durante el día dulces pensamientos  
y sueños hechiceros por la noche?

¿Vienes á visitar á mis ondinas  
rodeadas de algas y espadaña  
ó á mis enanos cuya voz chancera  
á hablarme á mí se atreve solamente?  
¿Vienes en busca de mis fieles gnomos  
á perseguir los átomos del aire,  
ó para molestar á mis fantasmas  
jugando dentro de su lienzo blanco?

¡Escapa! Estos lugares que yo amo  
no tienen ya esos huéspedes queridos.  
¡Ay! Los hombres crueles entregaron  
al anatema todos mis espíritus.  
Ahogaron en el lago á mis ondinas

y sus manos clavaron á mi hada  
como un doble trofeo, al lado mismo  
de mi murciélago.

Mis espectros y enanos tan delgados,  
cuando su ira todavía gruñe,  
no osan ni á llamarse con sus cuernos  
encima de las altas torrecillas;  
mi mágico cortejo, estremecido,  
huye doquier de sus pesadas armas  
que de mi hermoso sílfo destrozaron  
las alas de oro.

Tú, Trilby, también huye de sus iras,  
teme un combate desigual y aciago  
más que la voz severa y centenaria  
que vengara á Dougal en otros tiempos,  
cuya cabaña ennegrecida y triste  
ve en medio de las sombras de la noche  
en lo alto de una roca espumeante  
sentarse de Fingal la obscura sombra.

El que de tu montaña te ha traído  
á nuestros campos plácidos y ardientes,  
tuvo por compañera de su vida  
la esperanza gentil de las promesas:  
Francia, su madre, vió por largo tiempo  
su juventud amarga y dolorosa  
en su triste destierro marchitarse,  
á donde, como Homero, no llevaba  
más que sus cantos.

Triste y sublime al mismo tiempo, grave  
en su vuelo gracioso y elevado,  
al poeta le gustan los abismos  
donde el águila audaz busca refugio,

el perfume exquisito de las flores,  
el oro de los astros que se incendian,  
las campanas que vibran murmurando  
y que á los cielos lanzan sus lamentos.

Le gustan los desiertos solitarios  
do no veda sus pasos ningún límite,  
y de la esclavitud su alma huyendo  
vive más lejos que la muerte misma.  
Cuando pide su auxilio el oprimido,  
en alma de los pueblos se convierte,  
y es para ellos una ardiente llama  
que el tirano no puede extinguir nunca.

Tal es Nodier, el inmortal poeta;  
ve y dile á aquel querido amigo mío  
que de espanto mi alma se estremece  
por los peligros que tu suerte corre;  
dile que te vigile con cuidado,  
hechiza con tus ojos su vigilia  
y cuando sueñe, duerme, Trilby hermoso,  
sobre su frente.

¡Oh! No vagues ya más á la ventura,  
pues contra ti prospera la ojeriza;  
teme los males y el atroz tormento  
que sufrió incauto mi querido silfo.  
Trilby, si te cogiesen, ¡oh qué gloria!  
Ensuciarían ¡ay! con tinta negra  
tu manto de muer tornasolado  
y tu brillante piocha de rubies.

Esto, ó para poder danzar con Fauno,  
construyendo tus pasos temblorosos  
sus sátiros de pico amarillentos  
y sus viejos silvanos petulantes

juntarían tu mano encadenada  
á las manos mugrientas y huesosas  
de sus náyades viejas y marchitas  
muertas hace ya más de dos mil años.

Abril, 1825.

---

BALADA QUINTA

---

EL GIGANTE

Las mismas nubes del cielo temen  
que yo vaya á buscar á mis  
enemigos dentro de su seno...

MONTENABRI.

¡Oh guerreros! Yo he nacido  
en el país de los galos;  
mis abuelos franqueaban  
el Rhin con un solo salto;  
me bañó mi madre un día  
en los mares congelados  
y, siendo niño, mi padre,  
sobre sus hombros cargándolos,  
adornó mi hermosa cuna  
con tres pieles de oso blanco.

¡Qué fuerte era antes mi padre!  
Ahora la edad le ha encorvado  
y de su frente arrugada

caen sus cabellos blancos.  
 Ahora el pobre es viejo y débil,  
 y su fin es tan cercano,  
 que á veces á duras penas  
 pueden arrancar sus manos  
 una encina centenaria  
 para sostener sus pasos.

Yo soy el que le reemplaza,  
 yo soy quien tiene su arco,  
 su jabalina, sus hachas,  
 y sus bueyes y su arado;  
 y solamente yo puedo,  
 sucediendo á aquel anciano,  
 con los pies en la llanura  
 sentarme en el monte alto  
 y con mi soplo á lo lejos  
 doblar los álamos blancos.

Apenas adolescente,  
 sobre los Alpes nevados,  
 de peña en peña me abría  
 un camino en cuatro saltos;  
 mi cabeza detenía  
 las nubes allá en lo alto  
 como las detiene el monte  
 que las deshace á su paso,  
 y mil veces, en los aires  
 su raudo vuelo espiando,  
 cogí las águilas negras  
 alargando mis dos manos.

Yo combatí á las tormentas  
 y con mi aliento inflamado  
 en sus angulosos vuelos  
 apoyaba los relámpagos;

ó alegre alguna ballena  
 á mis plantas arrojando,  
 entreabría su llanura  
 el Océano á mis pasos  
 y removían mis juegos  
 los mares más abrigados  
 con más fiera turbulencia  
 que el septentrión y que el austró.

Yo vagaba persiguiendo  
 con golpe mortal y aciago  
 el tiburón en las aguas,  
 los gavilanes volando,  
 espiraban sin herida  
 los osos entre mis brazos,  
 y á menudo, en el invierno,  
 al recibir su bocado,  
 sobre mis manos rompía  
 el lince sus dientes blancos.

Ya en estos juegos de niño  
 no encuentro ningún encanto;  
 sólo me gusta la guerra  
 y su marcial aparato,  
 los ruegos y maldiciones  
 de los huérfanos llorando,  
 los campos y los guerreros  
 sobre sus armas botando  
 cuando las voces de alarma  
 se oyen mi sueño alegrando.

Cuando en la ardiente refriega  
 va un ejército rodando  
 en ruidosos torbellinos,  
 entre el polvo me levanto  
 y siguiendo su carrera

y alcanzándole en dos pasos,  
como se hunde la gaviota  
dentro las olas, chillando,  
así entre sus batallones  
me sumerjo denodado.

Como el segador altivo  
entre los trigos dorados,  
en las filas aplastadas  
aparezco fiero é impávido.  
A mi oído sus clamores  
suenan cual murmullo blando;  
machaco sus armaduras  
con mi puño desarmado  
mejor que con una encina  
escogida de antemano.

Peleo siempre desnudo,  
y mi valor soberano  
se ríe de los guerreros  
de acero frágil armados  
que se ven por todas partes  
rebosando en vuestros campos.  
Con sólo un palo de fresno  
contra vosotros combato  
y sólo guardo mi frente  
con este ligero casco  
que arrastrarían sin pena  
diez bueyes aparejados.

Sin sitiar las fortalezas,  
sin inútiles escalos,  
las cadenas de los puentes  
levadizos yo deshago;  
como un ariete de bronce  
sus muros débiles bato;

yo peleo cuerpo á cuerpo  
con los torreones altos  
y para cegar sus fosos  
los dejo desalmenados.

¡Oh! ¡Cuando á mi vez me llegue  
el turno en ser humillado,  
no abandonéis mis despojos  
de los cuervos para pasto!  
Enterrad mis duros huesos  
en los montes más gallardos  
á fin de que el extranjero  
busque, al mirarlos tan altos,  
qué gigantesca montaña  
es mi sepulcro sagrado.

Marzo, 1825.

---

BALADA SEXTA

A M. J. F.

LA NOVIA DEL TIMBALERO

... Dulce  
es la muerte que viene bien amando.

DESPORTES.—Soneto.

«Monseñor el gran duque de Bretaña  
en busca de combates empeñados

convoca desde Nantes á Mortaña  
en el llano, en el valle y la montaña  
á todos sus vasallos y soldados.

»Son estos los barones afamadòs  
que mueren sin moverse de sus puestos  
en combates mil veces ya probados  
soldados á las armas siempre prestos...  
Mi novio tan querido es uno de estos.

»A Aquitania marchó de timbalero,  
y al verle andar con tan marcial talante,  
al verle tan gallardo y altanero  
con su perpunte de oro deslumbrante,  
muchos le toman por un gran guerrero.

»¡Desde entonces, Dios mío, cuánto tarda!  
Yo, al enlazar su suerte con la mía,  
llorando le rogué á Santa Lucía (\*):  
—¡Vigilad á su ángel de la guarda  
para que no le deje un solo día!

»Yo dije á nuestro abad al confesarme:  
—¡Rogad por nuestra hueste denodada!  
Y luego él mismo vino á acompañarme  
llevándole tres cirios, á postrarme  
ante la imagen (\*\*) de San Gil sagrada.

»A nuestra santa virgen de Loreto  
prometí en el dolor de mi destino,  
ocultas al mirar de un indiscreto,  
colgar en mi gorguera con respeto  
las conchas de un anciano peregrino.

(\*) El original francés dice Santa Brígida.—(N. del T.)

(\*\*) En el texto francés se lee la reliquia de San Gildas.  
(N. del T.)

»No ha podido alejado el timbalero  
darme una prenda de su amor sincero;  
para hacer circular tiernos mensajes  
la vasalla infeliz no tiene pajes  
y el vasallo no tiene un escudero.

»Con monseñor hoy vuelve de la guerra.  
No es un hombre vulgar mi bello amante;  
para verle, la frente que ha un instante  
en mi dolor sólo miraba en tierra,  
alzo ahora de dicha deslumbrante.

»El duque, vencedor nos ha traído  
su estandarte rasgado y desteñido;  
¡venid, venid bajo ese portal viejo  
á ver pasar el sin igual cortejo  
y el príncipe y mi hermoso prometido!

»Venid á ver su potro enjaezado,  
sus cuatro remos á compás moviendo,  
que marchá todo el cuello sacudiendo  
con un plumero rojo empenachado  
y que á su voz se para fatigado.

»¿No estáis listas aún, hermanas mías?  
¡Venid conmigo á ver pasar mi amante  
batiendo aquella caja deslumbrante  
que para mí, cual fuente de armonías,  
hace saltar mi pecho palpitante!

»¡Le veremos pasar tan orgulloso  
llevando el rico manto que he bordado!  
¡Qué gallardo va á estar y cuán hermoso!  
¡Su rostro qué contento y cuán airoso  
con su casco de crines inundado!

»Ayer la egipcia con su paso artero,  
llevándome á un recodo del sendero,  
con hipócrita risa y cara ufana,  
me dijo que en la hueste esta mañana  
había de faltar un timbalero.

»Pero he rogado tanto, madre mía,  
que la esperanza en mí renacería,  
si el sepulcro mostrando con su brazo  
do se recoge al declinar el día,  
no hubiera murmurado:—¡Aquí te emplazo!

»¡Volemos! ¡No más negros pensamientos!  
Ya oigo acercarse el son de los tambores.  
La gente se aglomera por momentos,  
ensordecen el aire sus clamores  
y flotan las banderas y las flores.

»El cortejo desfila en dos hileras;  
los pesados lanceros van delante,  
después y prosiguiendo sus banderas  
los barones de traje deslumbrante  
con birrete de pluma cimbreante.

»Sus casullas luciendo ved al clero;  
los heraldos montando sus caballos...  
Mirad, mirad cual todos los vasallos  
del señor llevan el blasón severo  
de sus cotas prendido en el acero.

»Admirad la armadura toledana  
de los bravos del Temple en ala abiertos  
y llevando su larga partesana  
los arqueros venidos de Lausana  
con las pieles de búfalo cubiertos.

»El duque no está lejos. Desplegada  
su bandera se ve y sus caballeros...  
Después alguna enseña avergonzada  
por quienes la apresaron es llevada...  
¡Hermanas! ¡¡¡Aquí están los timbaleros!!!

\*

Calla la moza y su mirada ardiente  
se sumerge en el haz de los guerreros.  
Después, entre la gente indiferente,  
cae fría lanzando un ¡ay! doliente...  
Acaban de pasar los timbaleros.

Octubre, 1825.

BALADA SÉPTIMA

LA REFRIEGA

Los ejércitos llegan á las manos,  
el choque es terrible, los comba-  
tientes son terribles, las heridas  
son terribles, la refriega es terrible.

GONZALO BERCEO.

*La batalla de Simancas.*

Pastor, cambia de senda.—Aquellos montes  
ven ondular dos filas relucientes  
de espesas y afiladas jabalinas.